

Los Inencontrables y Los Inenarrables

por José Benjamín González Nebot*

En no sé qué película de los hermanos Marx, Groucho y Chico, que van mal de dinero, dialogan sobre un método infalible para enriquecerse; tras una breve charla, la conclusión a la que llegan no puede ser más lógica y sencilla: todas las casas esconden un tesoro en su sótano, construyamos una casa y seguro que encontraremos el tesoro. En 1986, la editorial Caballo-Dragón construía una rudimentaria casa y se disponía a cavar en busca de un hipotético tesoro.

En los cimientos de la casa y del proyecto, alentaba una idea muy simple que a menudo tomaba forma de pregunta sin respuesta: ¿no existió en España una novela de aventuras semejante a la de otros países? Por lo visto no, respondía la gente, cuando respondía. Por lo visto, aquí todo fueron guerras civiles, dictaduras y absurdas

ecuaciones sobre la esencia de España. Y sin embargo, alzando los ojos hacia el horizonte, y liberándolos de nuestro ombligo, la pregunta imponía su fastidio sobre un cómodo vacío editorial y el insípido silencio de la erudición.

España, pese a la crisis que inició en 1616, estuvo en contacto con todas las corrientes literarias europeas que propiciaron la existencia de la novela de aventuras. Y aunque en el siglo XIX en España pintaban bastos cuando no espadas, a Verne, a Salgari, a Walter Scott, a Mayne Reid, a Stevenson y a Cooper se les tradujo mucho y se les leía aún más. Y es imposible que entre veinte millones de personas no haya dos, tres, seis, doce escritores que les imitaran.

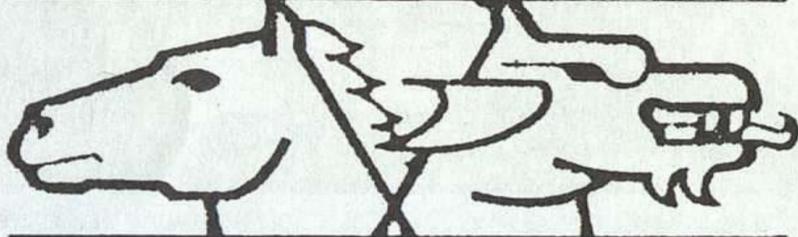
España conquistó un continente, contempló con desigual fortuna el nuevo concepto de mundo y de domi-

nación que surgió tras la Revolución Francesa, y después vivió numerosos procesos de independencia americana que se sintieron como otras tantas guerras civiles. Y es imposible que no haya dos, tres, seis, doce testigos o no testigos de aquellos años que estremecieron la patria, que no sintieran el deseo de novelar unas experiencias extraordinarias.

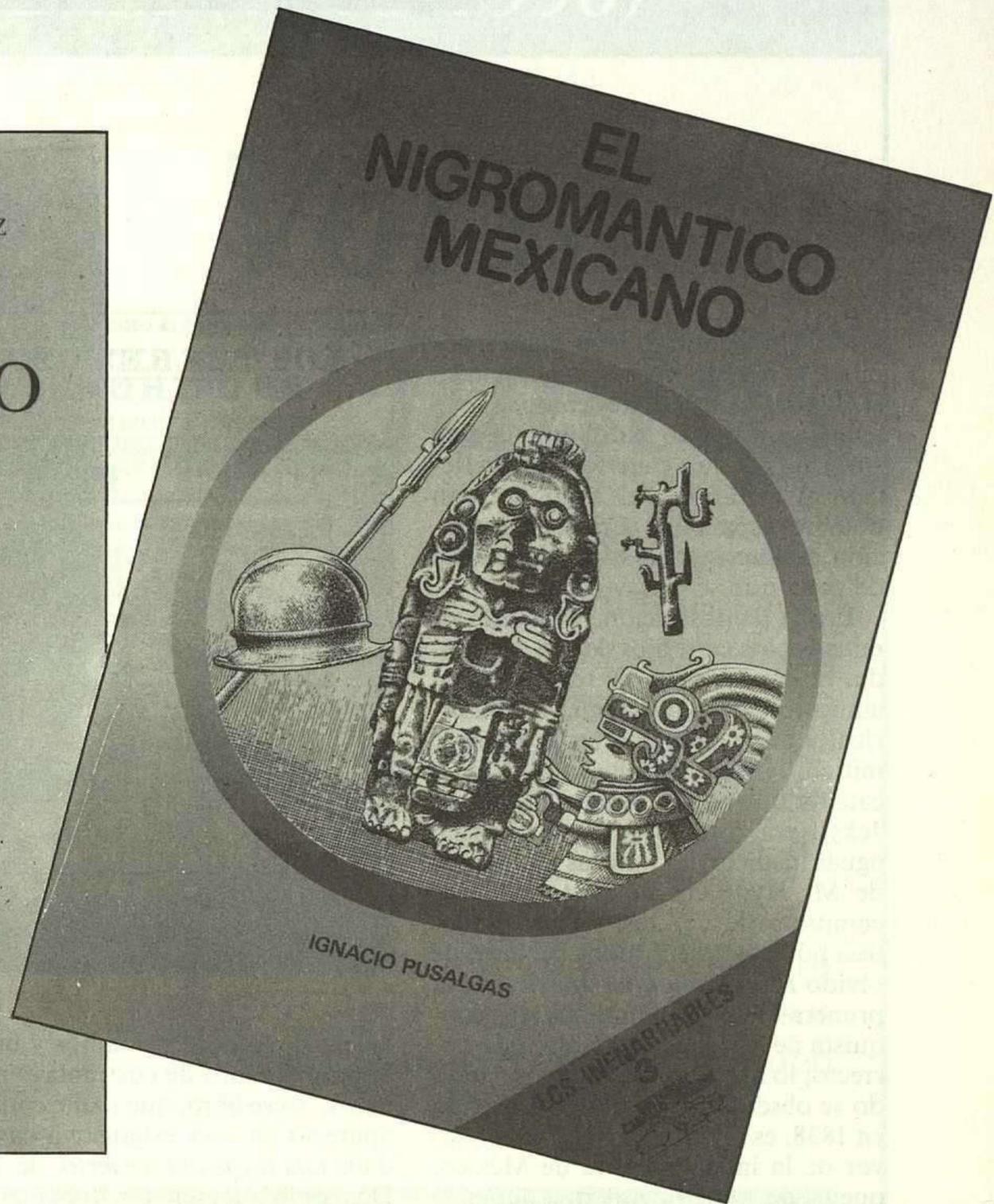
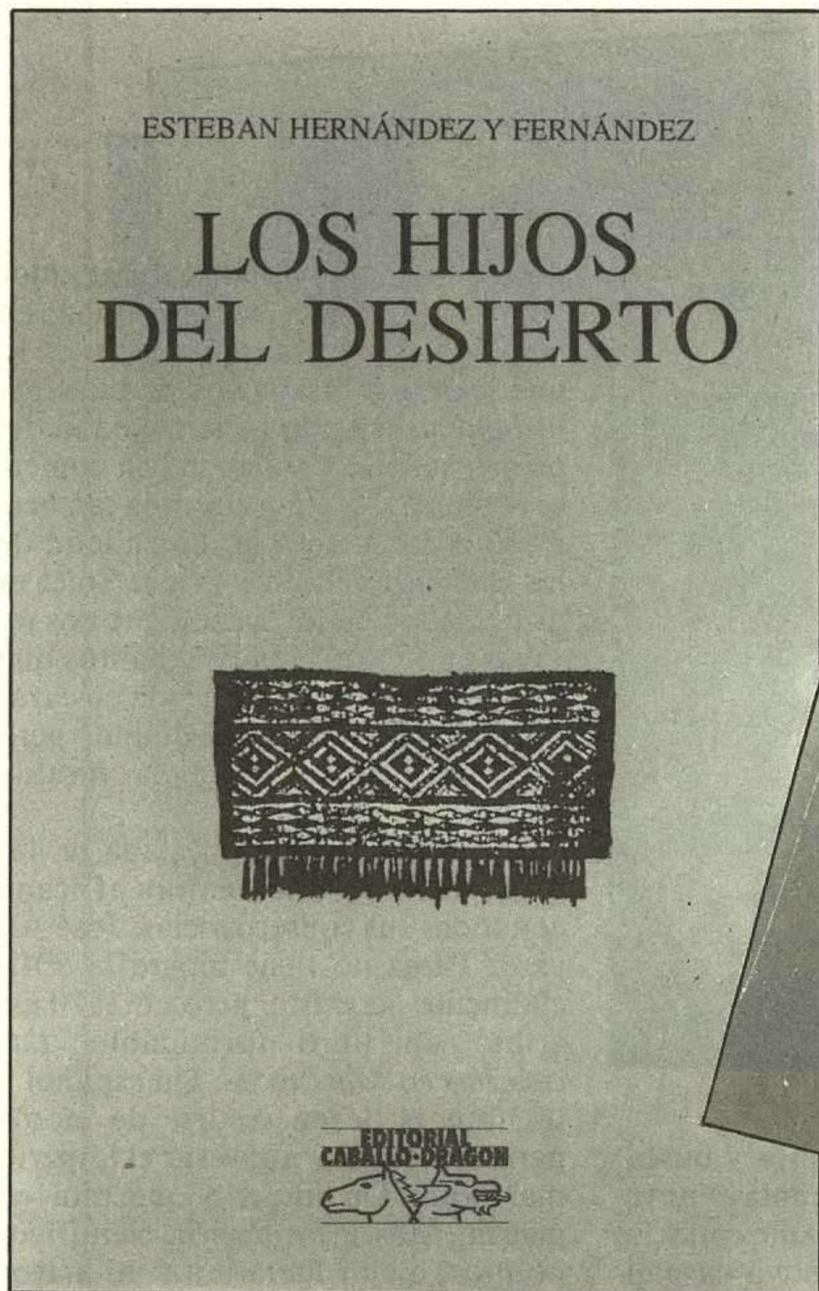
España tuvo guerras africanas, llevaba cuatro siglos viajando, asimilaba con facilidad los fenómenos paranormales, había descubierto selvas, bautizado mares, sucumbido en desiertos, en hielos, en borrascas, sabía de piratas, de comercio de esclavos, de tribus remotas, de costumbres prodigiosas. Es imposible, por poner un ejemplo, que la guerra de Cuba generase muchísima filosofía de segunda división, y ninguna novela de la división que fuese... La novela española de aventuras tenía que existir y la pregunta del párrafo segundo debía contestarse.

Así nació la editorial. Llena de ideas a priori, rebotante de intuiciones que nadie comprendía, y con dos colecciones que se complementaban: Los Inencontrables cuando el autor rescatado gozaba de estudiosos y Los Inenarrables cuando nadie sabía del autor, ni de su libro ni de sus tenden-

**EDITORIAL
CABALLO-DRAGON**



Roberto Escobar (1990)



cias. Todo era lo mismo: rescatar-descubrir la novela española de aventuras y publicar «lo primero» y «lo mejor» de cada subgénero; pero no se podía defraudar al lector con un zigzag de estudios preliminares o con unas páginas vacías de substancia y repletas de desinformación. Si algún especialista sabía del autor, en *Los Inencontrables*, si por nuevo y raro no había especialistas, en *Los Inenarrables*. Tiempo habría para convertirlos en clásicos; de momento bastaba con resucitarlos.

Y comenzamos a cavar, y al primer golpe de pala, *Los terremotos de Orihuela*, la primera novela-reportaje de la literatura española. Estanislao de Cosca Vayo recibió en 1829 el encargo de escribir una novela breve ambientada en el terremoto que destruyó Elche, Orihuela, Guardamar. Un seísmo de 10 grados en la escala de

Mercalli (más destructivo, por poner un triste ejemplo, que el famoso terremoto de San Francisco) que conmovió a una España sin pulso que no pudo hacer más que asistir horrorizada a los sucesos: sin medicamentos, sin medios técnicos, sin víveres, con las arcas del Estado en bancarrota y con la única ayuda de la caridad privada y del obispo de Orihuela, que se arremangó la sotana y cumplió como los buenos, una zona del País Valenciano que cíclicamente sufre catástrofes, conseguía, una vez más, salir a flote. Ahí estuvo un avisado editor, y ahí estuvo un joven novelista que escribió un libro impagable: el primer paso hacia la novela de aventuras, hacia el periodismo literaturizado. Un libro con muchos titubeos, escrito en mes y medio, con muchos aspectos sin desarrollar, pero un libro imprescindible... porque sin ensayar cabriolas

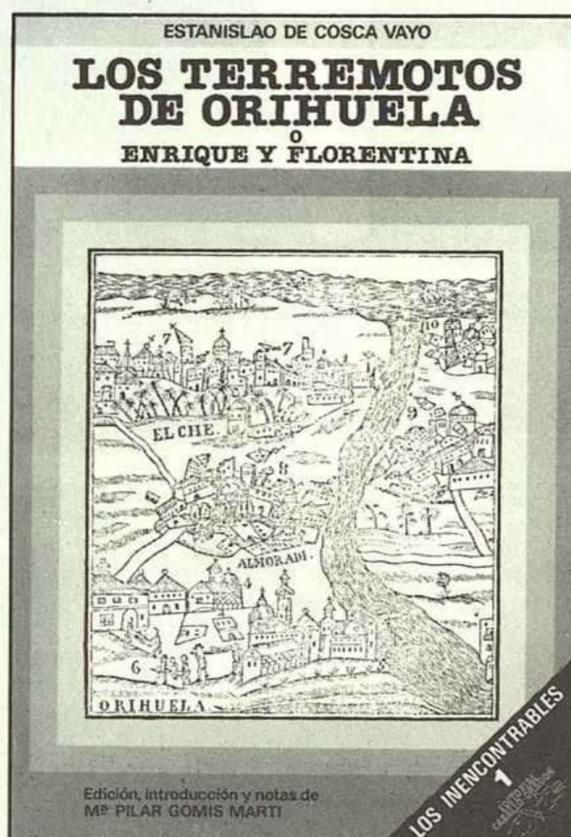
desde un terraplén, la aviación no llegaría a las estrellas.

El tesoro comenzaba a florecer. Pero sólo era el comienzo, había que leer catálogos bibliográficos, ficheros y ficheros, y muchos más ficheros. Había que desechar títulos sugestivos que luego te estafaban, había que hilar fino y había que aguardar pacientemente... Y por fin, en una biblioteca pública de Barcelona, encuadernado con otros libros, ignorado, aparecía *Una empresa misteriosa en el mar de las Antillas*, de José Moreno Fuentes; un libro de 1881 que es el primero en España que reconoce públicamente que es deudor de Julio Verne. ¡La primera novela científica española! Y la primera sobre los conflictos independentistas en Cuba, y la primera en hablar de Estados Unidos como futura potencia mundial, y la primera con robots y barcos supersó-

nicos. Un científico loco planea dominar el mundo y alzar un imperio en el Caribe. Las potencias europeas que temen su proyecto le declaran la guerra. Una guerra a muerte. Ciencia ficción y metáfora del siglo XX con nombres españoles. ¿Era la demostración de nuestra teoría o sólo un ave de paso que se extravió?

Era la demostración. Una vez dominados los entresijos de esta búsqueda, la importancia del tesoro iba en aumento. Queríamos seguir con América, y queríamos buscar un nombre mítico; Ignacio Pusalgas, un médico catalán que en sus momentos de Dr. Jekyll era forense y especialista en aguas medicinales y en sus momentos de Mr Hyde era novelista genial y comprometido. ¡Y zas! En otra biblioteca pública descubrimos cubierto de olvido *El nigromántico mexicano*, la primera novela española sobre la conquista de México. Hasta ahí todo correcto; lo asombroso comienza cuando se observa que el libro, publicado en 1838, es el primero que habla a favor de la independencia de México, que es de los primeros que defiende la monarquía parlamentaria, que es de los primeros que se plantea el tema del imperialismo, que es el primero que olvida los tercios invencibles y analiza los conflictos palaciegos de Moctezuma y la situación de la gente anónima que no comprende lo que se le viene encima. Escenarios múltiples y visión de los vencidos. Pusalgas llevaba ciento cincuenta años de adelanto... por eso no lo conocía nadie.

Ya lanzados y muy seguros de ir por buen camino, buscando un libro que no existía nos encontramos con el autor que debía de existir. El acertijo es muy simple. América es un lugar común imprescindible en la novela de aventuras española, pero América —hay que darle al cine lo que es del cine— te pide una aventura en el salvaje Oeste, y nosotros le pedíamos a nuestra literatura un libro sobre el Oeste norteamericano sin sheriffs, sin forasteros rápidos con el revólver, sin



peleas de saloon; pedíamos y buscábamos un libro de costumbres noveladas. Y ese libro, que nadie conocía, apareció en una exhaustiva casualidad: *Los hijos del desierto*, de 1876. Dos españoles en territorio pawni. Una obra maestra de literatura y de humanidad. Y tras ese libro, un autor, Esteban Hernández, desconocido, sin valorar, sin apenas noticias de lo que fue su vida. Pues bien, Esteban Hernández es el mejor novelista español de novelas de aventuras. Dentro de veinte años lo sabrá todo el mundo. Hoy lo descubrimos en *CLIJ*. No es un recurso de editor ansioso por vender. Es la pura verdad. Tiempo al tiempo.

Pero de tanto deambular por las Américas nos apretó la morriña por España. Sabíamos de un novelista de Manresa que murió con treinta años cuando llevaba camino de convertirse en la gran figura de la primera mitad del siglo XIX, y sabíamos también que en 1832 había publicado dos libros impagables: *Jaime el Barbudo*, primera novela española sobre bandidos generosos y modelo de «libro para chicos», y *Las señoritas de hogaño*,

novela de amor y de aventuras, modelo de «libro para chicas». Reunir en un solo volumen un muestrario de lo que leían los bisabuelos de nuestros bisabuelos cuando tenían la edad del primer suspiro y soñaban con comerse el mundo, era una empresa tan hermosa como necesaria. La calidad de las novelas de Ramón López Soler es extremada, la información que nos revelan es normal: somos igualitos que entonces, la levita convertida en cazadora, el polisón en minifalda, pero idénticos los sueños y la insatisfacción.

América, España... faltaba la llamada de África, la aventura africana con todas sus consecuencias. José Álvarez Pérez no tiene biografía. Oficialmente no existe, pero en 1870 escribió un libro formidable, *Las cacerías en Marruecos*. Un español y un francés deben vestirse de moros para sobrevivir y atravesar el imperio marroquí. Un imperio que está en guerra. Más información científico-política, mejor literatura y un mayor análisis de costumbres árabes no se puede pedir. Todo lo que el cine y la novelística inglesa ha recreado se encuentra aquí. El oasis, las gacelas, la tormenta de arena, las costumbres moras, las cacerías de leones, los avestruces. Pero el libro se desconocía por completo y Álvarez Pérez no está en los manuales. Claro, como no existe la novela española de aventuras...

Hasta aquí la labor de tres años. Próximas excavaciones nos llevarán de nuevo a América, a Oceanía, a los fríos polares de Noruega, a Egipto, a la España profunda, a países imaginarios... El tesoro no es ilimitado, tal vez no vaya más allá de veinte joyas. Pero una vez salgan a la superficie, la pregunta que una vez nos formulamos tendrá contestación: naturalmente que existe la novela española de aventuras... ¡Cuánta razón tenían los hermanos Marx! ■

* José Benjamín González Nebot es director de la editorial Caballo-Dragón.